

FORMA E INTERDISCIPLINA
Re-visión de las disciplinas: desde el origen hasta la subversión
Roberto Doberti

1. LA DETERMINACION DE LAS DISCIPLINAS

La Lógica se acerca y nos susurra, con su obvia rigurosidad deductiva, que ella se ocupa de la *Forma* de los enunciados asertivos. Otra Lógica, más joven y sugestiva, nos dirá que ella tiene menos límites, que se ocupa también de los enunciados que hablan de la preferencia o de los intereses, en fin, que además trata de la *Forma* de los enunciados modales. Otra Lógica, de rasgos muy estrictos, con entonación casi mecánica declarará que ella es una *Forma* del cálculo, y entonces uno avizora que se trata de una fila y que cada confesión diferirá de las anteriores pero, sin embargo, sostendrá su equivalencia con las demás manteniendo la idea de *Forma*.

Puede uno encontrarse con la Matemática, quien seductivamente le dirá que ya no es correcto entenderla como ciencia de la cantidad sino que es más adecuado pensarla como ciencia de la *Forma*. Argumentará que desde los antiguos y sabios griegos eso se veía venir, que desde la Aritmética y la Geometría Elemental se puede reconocer que la cuestión, es una cuestión de *Forma*. Terminará echándole la culpa a los interesados mercaderes, quienes con sus calculados cálculos marcaron la cantidad como tema prioritario. Uno no puede seguir discutiendo porque aparecen otras Geometrías: una de ellas se presenta por la negativa diciendo simplemente que ella es no-euclidiana, y que trata sobre la *Forma* de los espacios con curvatura, ya sea positiva o negativa. Rápidamente interviene la segunda, proclamándose algo así como la campeona de la *Forma*, en tanto que es Topología, reina de las *Trans-formaciones* y desdeñosa de toda connotación métrica. También aquí la fila es extensa y convendrá alejarse preventivamente.

Mientras uno camina tomando alguna distancia piensa que el asunto era previsible porque, de acuerdo con patrones epistemológicos ya clásicos, la Lógica y la Matemática suelen ser llamadas ciencias formales, en oposición a las ciencias factuales. Estas últimas ciencias tratarían, de una vez por todas, con los hechos simples y concretos, superando la marca insistente de la *Forma*.

Pero el paseo no prolonga esa ilusión por mucho tiempo. Enseguida nos topamos con la casi desesperada Sociología, que después de contarnos los desvelos a la que la someten los tiempos presentes, nos dice que ella, en el fondo, se dedica a reconocer las *Formas* que toman las sociedades humanas. Su prima hermana, la Antropología, también interviene para decirme que al principio estuvo dedicada al conocimiento de la *Forma* de las sociedades primitivas, pero que ahora tiene nuevas y lozanas ramas –por ejemplo la Antropología Urbana– orientadas a la *Forma* de las prácticas humanas en diferentes ámbitos y contextos.

Aprovechando que las primas se enroscan en una acalorada discusión sobre competencias y límites, reiniciamos la marcha cuando nos encontramos con un grupo bastante histerizado: es el grupo de las Psicologías. Para colmo de males, una de las integrantes del grupo, la Teoría de la Gestalt, aceptó su traducción como Psicología de la Forma. El propio Psicoanálisis, en sus diversas y divergentes vertientes –con el derrotero señalado por Freud, Jung o Lacan– no deja de apuntar siempre a la *Forma* sea síntoma, desplazamiento, polisemia o arquetipo.

Es evidente que no resulta fácil desprenderse de la *Forma*, pero uno de pronto se da cuenta que solo ha contactado con las ciencias humanas, y que tal vez sea la presencia de los hombres la

que siempre antepone la *Forma* a los nudos hechos. Entonces otro espejismo: correrse hasta las ciencias naturales para vérselas, cara a cara, con la realidad objetiva y directa de los hechos, para que las disciplinas nos muestren y nos expliquen las cosas, indubitables cosas, inmediatas cosas, tangibles cosas.

Una anciana dama, muy prolija pero claramente venida a menos se presenta como miembro excelente de la familia de la Historia Natural, y enseguida nos dice que se ocupa de la organización taxonómica de las *Formas* de la vida. No atinamos a responder cuando es suplantada por la glamorosa y ya madura Teoría de la Evolución. Ella sabe que en su mejor momento fue inteligentemente escandalosa, y pretendiendo conservar ese encanto nos dice:

—*No hagan caso de esos esquemas rígidos, la vida evoluciona, todo se trans-forma.*

Enfatiza entonces: —*Yo puedo dar cuenta de las Formas que adopta la vida —y sonrío en tren de complicidad— en realidad de las Formas en las que se adapta la vida, y más aún puedo contarles la síntesis exacta.*

El acercamiento ya resulta provocativo cuando enuncia su síntesis: —*la Forma sigue a la función.* Para evitar una larga cuenta de explicaciones, nos vamos casi hasta el final de la fila, donde una lozana, exitosa y algo convulsionada Genética exclama casi a los gritos, que no hagamos caso de lo que acabamos de escuchar, que sólo se trata de burdas aproximaciones, que esos planteos sólo atienden a las configuraciones externas, que la clave está en lo micro, en lo invisible al ojo desnudo. Agrega de inmediato, que debe leerse en esa maravillosa *Forma* de la doble hélice en la que se encriptan las *Formas* de la vida.

Es necesario tomarse un respiro y volver a reflexionar. La *Forma* parece seguir colándose por todos los campos que indagamos... aunque tal vez no fuimos por donde debiéramos haber comenzado: las ciencias de la materia inerte, las que enfrentan a la más pura y concreta materialidad, antes o aparte de la cultura y hasta de la vida.

Decididos a probar un procedimiento tradicional adoptamos el camino de lo general a lo particular. Aún más obvio, o ingenuamente confiados en el funcionamiento de las metáforas directas e inmediatas, nos dirigimos a una señora monumental, amplia de caderas y de todo aquello que se quisiera mirar. No nos equivocamos del todo, puesto que nos dijo que ella era la Cosmología y que abarcaba la totalidad del universo en tiempo y espacio. También dijo que aunque había sufrido muchísimas mutaciones, hoy estaba convencida de haber nacido minúscula pero que en una explosión, en la primera y gran explosión, se expandió incontrolablemente, y muy afligida comentó que sigue engordando. Ya tranquilizada, no pudo contener su entusiasmo mientras describía que había parido incontables y fantásticas *Formas*: espirales galácticas, elípticas órbitas planetarias, esferoides y anillos astrales... y tuvimos que dejarla porque la cosa iba para largo.

Nos acercamos entonces, a una dama de perfil algo menos opulento aunque dotada de una postura que la calificaba como muy importante matrona. Supimos que se trataba de la Física, quien rápida y complacidamente explicó que tiene múltiples ramas o hijas, o algo así.

Se largó a hablar y recordó sus orígenes cuando estaba íntimamente ligada con la Filosofía:

—*En realidad éramos una sola —dijo con un tono extraño en el que no supe si prevalecía la orgullosa liberación o la nostalgia de placeres prohibidos.*

Y siguió: —*empecé con cuatro elementos y mire donde estoy ahora.*

—*¿Dónde?* le pregunté.

—*En realidad muy bien no sé... pero fíjese que estoy llena de ecuaciones, gráficos, y de montones de registros.*

—*Está bien —le dije— pero cuéntenos algo más de los cuatro elementos.*

—*No vaya a creer que eran muy simples —nos dijo— ya Platón pensaba que las verdaderas partes constituyentes son más bien ciertas formas espaciales cada una de las cuales es la base de un elemento: el tetraedro es la base del fuego, el cubo de la tierra, el octaedro del aire y el icosaedro del agua.*

La miré un poco extrañado mientras ella continuaba: —*Ya algunos platónicos y pitagóricos y el mismo Aristóteles hablaron de cinco elementos.*

—*¿En qué quedamos?* me atreví a exigirle.

Bajando la mirada susurró: —*Usted sabe... el dodecaedro era una forma que me quedaba suelta... y entonces inventamos el éter.*

—*Sigamos adelante* —la urgí.

—*Mi verdadero despertar se produce a partir del siglo XVI* —proclamó muy aliviada— *Ahí sí, precisiones: como dijo Galileo el libro de la naturaleza está escrito en lenguaje matemático.*

Empezó a explicar que los caracteres de esa escritura son las *Formas*: círculos, cuadrados, triángulos... cuando la dejamos con la palabra en la boca.

Me di cuenta que la cuestión es muy compleja, que es necesario reflexionar.

Pues bien, hagámoslo. ¿La Física contiene, determina o construye un tipo o clase de *Forma*, y lo mismo hacen la Biología o la Sociología? O ¿Un tipo o clase de *Forma* determina o construye a la Física, y otros a la Biología o la Sociología? Es más cierto poner las cosas en plural, porque también existen clases o tipos de físicas, y clases o tipos de biológicas y sociologías.

Sin embargo, para no desviar la atención reiteremos la alternativa de manera simple o casi brutal: ¿son la Física, la Biología y la Sociología las que establecen los tipos de *Forma*, digamos forma física, biológica o social? ¿O son las lecturas de la *Forma* las que establecen a la Física, a la Biología o la Sociología, digamos los tipos de teoría? La pregunta no tiene, a mi juicio, dos respuestas sino al menos tres respuestas posibles. Una respuesta certera, una respuesta errónea... y la peor de las respuestas. La peor de las respuestas es la que desestima la pregunta y dice que es irresoluble o irrelevante, la que dice que al final da lo mismo, que se trata de una mutua determinación. La respuesta errónea sostiene que la Física construye una *Forma* o más fuertemente aún que hay formas físicas, y consecuentemente hay formas biológicas, sociales etcétera. Por obvio descarte la respuesta correcta es que cierta mirada, cierta construcción de la *Forma* determina a la Física, y otras miradas y construcciones de la *Forma* determinan a la Biología, a la Sociología, etcétera.

Veamos algunas consecuencias psicológicas o más bien anímicas de cada caso. La peor de las respuestas no ofende a nadie, asume construcciones conjuntas, reconoce la intrincada red de definición de lo Real, es decir que está todo bien. Su pequeño problema es que no aporta claridad alguna. La respuesta errónea es algo menos diplomática pero concede verdad al sentido común, en rigor al pensamiento que confía irracionalmente en la racionalidad de las ciencias, pero como eso en nuestros marcos culturales es tranquilizador, podríamos decir que también todo está bastante bien. También aquí hay un pequeño inconveniente: la hipótesis es errónea y es errónea porque es imposible que las cosas sean así. La respuesta acertada suena extraña, algo irreverente y particularmente pretenciosa o vanidosa si se la formula desde la Morfología. Tiene una pequeña ventaja: permite comprender.

Ahora bien, tenemos una demanda importante de explicación a dar desde el momento en que señalamos la imposibilidad de que cada una de las disciplinas delimite un tipo de *Forma* y que, consecuentemente, la Morfología sea meramente un capítulo descriptivo en cada una de ellas. Estamos hablando de cualquier disciplina, sea alguna de las ciencias que mencionamos o cualquier delimitación antigua o moderna, sea que intente deslindes científicos, técnicos o productivos.

Decimos entonces: una disciplina sólo puede operar si previamente se ha construido una mirada que deslinda, caracteriza y califica ciertos recortes o unidades, es decir si previamente se ha elaborado la *Forma* de sus objetos y de sus operaciones. No puede haber disciplinas sin un reconocimiento significativo del mundo, lisa y llanamente, si no se lo ha dotado de *Forma*, más fuertemente aún; si no se ha instalado algún mundo. Porque mundos hubo y hay muchos, pero eso sí: no hay mundo sin *Forma*.

Digámoslo en otro registro, para que suene más prudente o civilizado. La *Forma* es mencionada, registrada y eventualmente elaborada por todas las disciplinas; en cada una de ellas se verifica la existencia de un sentido distinto de la noción de *Forma*. Observando más profundamente debemos reconocer que la distinción y naturaleza de cada disciplina se establece según la noción de *Forma* que asume y ejerce.

2. LA GENERACION DE LA INTERDISCIPLINA

Determinación de disciplinas, delimitación de disciplinas: uno de los capítulos del repertorio. Esa necesidad, o tal vez obsesión, de recortar y escandir lo real y lo posible. Disciplinas como recipientes, como contenedores, organizados y reorganizados muchas veces. Contenidos trasvasados y derramados, contenidos erosivos que destruyen los continentes y exigen nuevas compuertas. Y sin embargo, persistente tarea de clasificar lo real y con ello clasificar las disciplinas; o a tal vez organizar lo real según el molde de lo sabido. Persistente tarea, dibujo de una cartografía que construye fronteras dibujando fronteras, mapas con borraduras y tachaduras, líneas que se encuentran y se bifurcan, diversidad de los mapas que reinterpretan un territorio, diversidad que instituye el territorio de los mapas.

Y cada vez, la disposición de las disciplinas realizada con la pasión y la tozudez de quien cree que está definiendo el orden verdadero, el último mapa, el mapa completo y objetivo –tan objetivo, inverosímil y absurdo como aquel mapa borgeano que coincidía con el Imperio–.

Así disecciones, trisecciones y multisecciones. Y así el ansia por distinguir disciplinas corporales y espirituales, o bien artísticas y científicas, o racionales y esotéricas.

Ya con Platón saberes que son mera opinión (doxa) separados de otros que son verdadero conocimiento (episteme). Pero Platón, en su lucha sin cuartel con los sofistas también propondrá una oposición entre la disciplina de la verdad y las de la seducción o de la trampa, incluyendo entre las réprobas a la cosmética (que muestra como perfección lo que es decadencia) la retórica (que hace ver lo falso como cierto) o la culinaria (que seduciendo al gusto puede hacer ingerir lo venenoso como si fuera saludable).

Aristóteles dirá de disciplinas teóricas (dispuestas hacia la verdad), de disciplinas prácticas (dispuestas para la acción) y disciplinas poéticas (dispuestas hacia la producción).

No faltan otras clasificaciones más folklóricas pero difícilmente olvidables; por ejemplo las nueve Musas –heteróclitas, confusas, pero extrañamente atractivas–. Musas de la historia, la música, la comedia, la tragedia, la danza, la elegía, la lírica, la astronomía y la elocuencia.

Los estoicos elaborarán una tríada que hará historia, llegará hasta Kant con el supuesto de reflejar los dominios de lo real. Lógica, física y ética: tres esdrújulas que quieren contener al ser pensado, al ser fenoménico y al deber ser.

La disciplinante pedagogía medieval organizará las disciplinas. Se esforzará por no confundir las artes liberales (o del hombre libre) y las artes mecánicas (o del hombre servil). Las artes liberales, obviamente las únicas que esa pedagogía trataba, componían el trivium (gramática, dialéctica y retórica) que son las artes del decir, y el quadrivium (aritmética, geometría, astronomía y música) que son las artes acerca de lo dicho o de lo real.

Superponiéndose con el esquema pedagógico, el aristotélico Avicena, allá por el año 1000, no se contentará con clasificar. Avicena califica, establece rangos: ciencia superior o metafísica, ciencia media o matemática y ciencia ínfima o física. Oro, plata o bronce para diferenciar a los que están en el podio, pero afuera del podio sólo el yermo, ni siquiera los nombres.

Dos siglos más tarde San Buenaventura hará un intento más pintoresco: distinguirá por las *luces*. Así disciplinas de las luces superiores y de las luces inferiores, de las luces internas y de las externas.

Cinco siglos más y entonces será la Ilustración, ahora sí el siglo de las luces, y se intentará una abarcante Enciclopedia. D'Alambert encabezará esas pretensiones de totalidad, con un prólogo donde recogiendo el legado de Bacon, se volverá a organizar el conjunto de las disciplinas. Son las facultades o capacidades *naturales* de la mente del hombre las que garantizarían la perfección del esquema. Somos capaces de memoria: entonces Historia (a su vez sagrada, civil y natural) con lo que memoria ya no puede ser recuerdo sino que se abre al discutible campo de la posibilidad del mero registro. Somos capaces de raciocinio: entonces Ciencia (a su vez teología natural, ciencia de la naturaleza y ciencia del hombre, cada una con sus múltiples divisiones), con

lo que la razón se descoloca bastante, entre otras cosas por su obligación de lidiar con la naturalidad de la teología. Somos capaces de imaginación: entonces Poesía, pero imaginación como elaboración de imágenes e imágenes como copia de la experiencia sensible, con lo que la fantasía se enquistaba en la mimesis para asegurar que no se desboque, para que sólo la lucidez de las luces, el lustre de la Ilustración se instalen con claridad en los límites de la Enciclopedia. Por supuesto vocación enciclopédica con divisiones y subdivisiones, y vuelta a dividir y a subdividir para que toda disciplina tenga su lugar: un particular estante de un particular armario de un particular recinto del gran palacio en el que caben ciencias y artes, técnicas y artesanías, teoremas y alambiques, vesículas y versículos.

Junto a los sistemas con ramificaciones casi infinitas de innumerables disciplinas siguen planteándose las dicotomías contundentes, pero como también las dicotomías se multiplican finalmente vuelve a dibujarse una intrincada maraña de modos de saber y hacer. Así se perfeccionaron divisiones entre disciplinas de lo individual y de lo general, de lo homogéneo y de lo heterogéneo, de lo que es y de lo que debe ser, de las normas y de los hechos, de las leyes y de los tipos.

Algo más cercano en el tiempo Wundt definirá la célebre distinción entre ciencias formales y factuales, y el mismo Peirce hará acercamientos muy sutiles y complejos, de los que resulta sugestiva su distinción entre las ciencias prácticas del descubrimiento y las ciencias prácticas de la revisión.

Después de todo esto cabe hacerse una pregunta básica ¿Qué estatuto tienen las disciplinas? Es decir preguntarnos ¿Qué son? ¿Cuántas son, si es que pudiera contárselas? Y también ¿Nacen y mueren o son eternas?

Después de todo eso, parece que tenemos que aceptar que su estatuto primario y fundamental es equivalente al de las brujas: no existen... pero que las hay, las hay. Repertorios, relevamientos, registros, que resultan contrapuestos o solapados, convergentes o divergentes, mil intentos por inventar el inventario. Casi todo es dudoso o discutible, salvo una cuestión crucial: hay disciplinas diferentes, hay distinciones sean ellas permanentes o precarias, tal vez existan intrincados ordenamientos, tal vez jerarquías. Nuestro obrar no es un amasijo indiscriminado: no es lo mismo el cálculo infinitesimal que la lucha libre, no son de la misma estirpe la ópera y la agricultura, o la economía y la prostitución, aunque este último ejemplo no es tan claro. Lo que sí parece indubitable es que en algún contexto, en algún sentido, esas palabras aluden a disciplinas, a recortes bastante precisos de actividades humanas.

Sin embargo, cuando algo es bastante preciso, es porque no es suficientemente preciso, entonces es cuando resulta necesario o preferible diluir esa presunta exactitud. Y este es el caso: hoy, tal vez más que nunca, creemos que las fronteras disciplinares no deben ser impedimentos sino posibilidad de intercambio, de conjunción de actividades. Mucho más aún, no se trata sólo de creer que las disciplinas no deben ser estancas, se trata de verificar que no lo son, que las acciones y desarrollos comunes son frecuentes y fructíferos. Ciertamente no todo lo frecuente y fructífero que pueden ser, no todo lo carente de resquemores y desconfianzas que debieran ser, pero las relaciones interdisciplinarias ya están; hace largos siglos que ya están, y parece que están dispuestas a seguir estando y creciendo.

Y entonces, otra pregunta crucial ¿Cómo es posible que se produzcan estos cruces? ¿Cómo es posible que pasando por arriba o por detrás de las elaboradas disquisiciones que establecieron los criterios de recorte y discriminación de las disciplinas, ellas se imbriquen con tanto desembozo y con tanta fecundidad?

Digámoslo de otra manera. Observamos innumerables teorías particulares acerca de la clasificación de las disciplinas, y verificamos que se sustentan en el claro y razonable principio general de la necesaria diferencia y reconocimiento de las disciplinas. Ahora bien, si también observamos nexos y producciones interdisciplinarias, entonces deberá haber un principio o fundamento que habilite la interdisciplina. Como decíamos, es crucial encontrar un sustento sobre el que se apoye el ejercicio de la interdisciplina, puesto que ni las voluntariosas apelaciones a

derribar las barreras de los compartimentos separados, ni los importantes logros que se alcanzan siguiendo esa proclama, constituyen una explicación ni permiten atisbar cuál es la base epistemológica que justifica o legitima la posibilidad de la interdisciplina.

La *Forma*, la omnipresente, la inextinguible, la imprescindible, la anhelada y eludida *Forma*, la caudalosa y unificante *Forma*, la palpitante e indestructible *Forma*, es la *Forma* quien conduce las respuestas a las preguntas cruciales. Más simple y más claro: las preguntas cruciales conducen a la *Forma*. Más sintético y más verdadero: la *Forma* es la respuesta.

La *Forma* omnipresente, la *Forma* a la que toda disciplina inevitablemente alude, y a la que cada disciplina particular, inevitablemente elude. La *Forma* a la que las disciplinas presentan pero no enfrentan, a la que prefieren bordar pero no abordar, para la que prefieren la táctica de la oblicuidad, del recorrido tangencial, para la que eligen las astucias de un recorrido que permita escapar de la órbita de la *Forma*.

Y está bien: lo propio de cada disciplina es seguir la línea de su propio interés y eficacia, no se instalan para discutir su instalación sino para prosperar en ella. En rigor no está tan claro que esté bien: quizás sólo está claro que está, que es así como operan.

Discutir la instalación de cada disciplina, la justificación de su recorte y hasta de su naturaleza, lleva, como ya dijimos, a reconocer que cada disciplina se establece según la noción de *Forma* que asume y elabora. Se trata de ver que esa *Forma* que siempre se recorta en su horizonte, en realidad es su horizonte. Se trata de ver que la *Forma* que sostiene siempre algún lugar en el cuerpo de las disciplinas, en realidad es la que define el lugar y el cuerpo de cada disciplina.

Y así, estando e insistiendo en todos los saberes y los haceres, en todas las regiones y en todas las gestiones, la *Forma* también se hace diversa y dispersa, se hace parcial y sectorial, en verdad se hace múltiple y polisémica.

Si en la diferencia acerca de la noción de *Forma* que ponen en juego, se establece la diferencia entre las disciplinas, los modos en que recortan lo real y se recortan como saber y obrar, repito si en las diferencias sobre la *Forma* se distinguen y separan las disciplinas, la interdisciplina solo es posible repicando sobre lo que las separa, repicando sobre la *Forma*, entendida ahora como el núcleo común, apenas sospechado en el momento de la discriminación, como ese resistente núcleo no expropiado ni expropiable por ninguna en particular.

La viabilidad y la potencialidad de la interdisciplina radican en esa *Forma* tan primera y final que permanece incólume en el centro de los recorridos tangenciales, la vigencia y la urgencia de interdisciplina radican en esa *Forma* que despliega y entrelaza las disciplinas.

Estamos hablando ahora de la *Forma* como lugar en el que se generan las disciplinas, y donde al mismo tiempo, anida la posibilidad de la interdisciplina. Estamos hablando de la *Forma* en un sentido básico, constitutivo. En un sentido no lejano al que le otorgó Aristóteles en la Metafísica al decir "*llamo forma a la esencia de cada ser, su substancia primera*", ni tampoco lejano al que le asignó Luis Khan en Forma y Diseño cuando dice "*La Forma implica una armonía de sistemas...lo que individualiza una existencia...La Forma es el qué...nada tiene que ver con las condiciones circunstanciales*".

3. LA LÓGICA DE LA INTRADISCIPLINA

Entonces hay un saber que está antes, o después, o a través de las disciplinas: ese saber es la Morfología. Puede parecer un tanto soberbio o exagerado pretender para la Morfología un lugar privilegiado entre las disciplinas; no se trata de eso: estamos pretendiendo más, no un lugar privilegiado entre las disciplinas sino un lugar sobre las disciplinas.

Puede postularse que ese lugar es inalcanzable, y ello es muy razonable: la Morfología es apenas un intento, es apenas un jubiloso y agotador esfuerzo. A veces pienso que se parece a la inacabable, reprobable, pero fecunda construcción de la torre de Babel, intento que produjo la confusión pero habilitó la sorprendente traducción, que propagó la dispersión pero, a la vez, dispó

la engañosa fantasía de contener a Dios en la enunciación de su Nombre, y de disponer del Universo con la palabra Todo.

La generosa amplitud y la rala densidad de la Morfología, o dicho de otro modo, la capacidad abarcativa junto a la ligereza de espíritu, propias de la Morfología, presuponen o predisponen alguna estructura exfoliable, algún ordenamiento interno. Hay entonces, un juego propio, una distribución de funciones en su interior. La relevancia de la Morfología en el terreno de la interdisciplina demanda que dentro de su campo se definan distinciones, operaciones, calificaciones, interacciones, en definitiva demanda una lógica intradisciplinaria.

Entonces, en el principio, en la base o en la culminación, está la Morfología Primera. Asumimos todo el intencionado sabor aristotélico que tiene la denominación de Morfología Primera, con todas las precauciones y hasta la ironía que esta filiación exige.

La Morfología Primera, a la que también podemos llamar Morfología Filosófica, habla de la forma en tanto forma, y deberá evitar la tentación de toda particularidad: su objetivo es centrarse en la forma porque la forma se establece como su objeto.

O más o menos, porque resulta que aquí es necesaria una sustancial aclaración, una obligada precisión. Si el objeto fuera totalmente externo a su indagación, si el objeto estuviera íntegramente determinado, si el objeto yaciera estable, si desconociera todo origen y todo destino y solo reconociera la inmutabilidad de lo eterno, pues entonces solo cabría su contemplación o mejor su adoración.

Pero no, en absoluto se trata de eso, y entonces el objeto de la Morfología Primera solo metafóricamente es un objeto. La Morfología Primera trata sobre una práctica humana, una especial práctica que construye la humanidad de la especie, una decisiva práctica que constituye nuestro ser en el mismo movimiento con el que constituimos la *Forma*.

Conformar es un nombre adecuado para esa práctica, porque la *Forma* es su resultado, su consecuencia, su meta necesaria, porque la *Forma* es concepción y producción humana, tan esencial que sin esa concepción y esa producción no seríamos humanos.

Sólo nos quedan vestigios de los procesos de *Conformación*, vestigios cada vez más numerosos que la Arqueología atesora con justificada voracidad, pero sólo vestigios. Sin embargo, para la Morfología Primera no es importante o ni siquiera pertinente, la precisión temporal y espacial de esas constancias. La Morfología Primera se ocupa de la lógica de la *Conformación*, se centra en ella y sólo atiende a los escalones necesarios para alcanzar la *Forma*, para alumbrar la *Forma*.

Algunas instancias fundamentales: desmembrar el mundo, distinguir las cosas y distinguirnos de las cosas, todavía más decisivo: hacer oscilante y variado ese desmembramiento, ese escandido de lo real. Más aún: convertir algunas cosas en utensilios, nombrarlos y preservarlos, garantizar su continuidad en el más sutil y formidable de los envoltorios: en el paquete simbólico. Más aún: reproducir los utensilios, reproducción fabricante, reproducción dibujante y reproducción hablante. Más aún: deslinde de los sitios, los ámbitos y las prácticas, y todavía después: prefiguración y planificación de lo real, de lo posible y hasta de lo imposible. Como el montañista, que juega el insondable juego de ser primitivo, e insertando los clavos en las ligeras fisuras y grietas de la piedra va construyendo su propia escala de ascenso, también en el insondable discurrir de la especie, fuimos constituyendo la *Forma* que sustenta nuestro recorrido sin, como es obvio, alejarnos nunca de la proximidad del abismo.

Si de anclajes y sentidos se trata, La Morfología Primera o Filosófica tiene una línea de filiación directa con la inextinguible construcción platónica. Ahí no hay distancia entre *Forma* e Idea, cuando Platón dice *eidos* dice a la vez *Forma* e Idea, y dice del sustento y esencia de todo lo Real, del lugar de residencia y origen del Ser, dice de la plenitud del Ser.

Bien, si existe una Morfología Primera es porque hay Morfologías Segundas o mejor Particulares. Debe quedar claro, sin embargo, que se sigue tratando de Morfologías, que se sigue tratando de saberes y haceres que están antes o a través de las particiones disciplinares, de saberes y haceres que se diferencian de las disciplinas y de sus interdependencias.

La manera en que se dividen y asocian la Morfologías Particulares, es decir el modo en que puede organizárselas, es múltiple y mutable. Tal vez siga un esquema taxonómico –siguiendo la analogía

arbórea que prefirió Bacon cuando trató acerca de una Filosofía Primera o “ciencia universal”– o tal vez no, de cualquier modo esa organización está siempre en cuestión en cada elaboración morfológica.

Con estas precauciones o dubitaciones creemos que es posible hablar de una frondosa rama de la Morfologías particulares dedicada a las entidades de la sensibilidad, es decir de una rama que se separa de las entidades de la pura inteligibilidad. No es cuestión de racionalidad o irracionalidad sino de aquello que admite experiencia y con ella representación a través de cualquiera de los órganos o mecanismos de la sensibilidad.

Más específicamente nos ocupamos de las entidades sensibles de carácter espacial, mutables o no en el tiempo. Como se ve estamos todavía en un campo muy amplio, al que llamamos Morfología General, aceptando desde ya que se trata de una Morfología Segunda y que solo es general en el interior de las formas sensibles de naturaleza espacial. Todavía más específicamente cabe reconocer una Morfología del Hábitat, y aún más concentradamente se define una Morfología del Diseño.

Podemos construir una imagen de sucesivas inclusiones, o de ramificaciones múltiples, o de niveles superiores e inferiores de generalidad; aceptemos la última: la imagen vertical. Quizás más importante que las divisiones o napas que se establecen en ella, es el constante flujo ascendente y descendente; por ejemplo los modos en que el pensamiento y la producción de Formas en el Diseño inciden sobre la Morfología General y viceversa, o los modos en que la lectura y la planificación de las formas del Hábitat dependen del entendimiento general de las formas y del peculiar tratamiento y selección que se produce a través de la Morfología del Diseño.

Este complejo y poderoso juego intradisciplinar –juego que nos representamos según una imagen vertical de napas y fluidos– se complementa con las relaciones de las Morfologías Particulares con las prácticas teóricas y productivas –relaciones que podemos visualizar como conexiones horizontales– constituyendo así una red o retícula tridimensional con interacciones extraordinariamente fluidas y dinámicas. Así lo intradisciplinar y lo interdisciplinar no son estructuras o alineamientos opuestos, antagónicos o disjuntos, sino componentes necesarios para que se instaure y recircule el denso tránsito de lo Real.

4. LA REBELION DE LAS DISCIPLINAS

La *Forma*, generadora de las disciplinas, posibilitadora de la interdisciplina y escandida en su lógica intradisciplinaria, no favorece el mundo de las estabilidades y los dogmatismos. La *Forma* habilita la penetración de los límites, la impugnación de las certezas, la permanente reconstitución de todos los órdenes de lo Real.

Veamos esta inquietud de las disciplinas, este rechazo a las determinaciones permanentes o inexorables, esta permanente construcción de otra versión, siempre un poco escandalosa, siempre sub-versión, en definitiva esta renuencia a quedarse en sus moldes.

Algunos indicios nos proveen los diccionarios: por ejemplo en la acepción de *disciplina* como “azote de penitentes” o más incisivamente el uso en el Quijote de la palabra *disciplinar* con el significado de “azotar”, con lo que uno puede establecer extraños vínculos entre el lenguaje de Cervantes y el lenguaje de la publicidad de servicios sexuales. La acepción represora de disciplina está en directa relación con la voz *discípulo*, de la que deriva disciplina, y de la proverbial indisciplina que caracteriza a los discípulos.

La relación entre maestros y discípulos fue siempre compleja y bastante alejada de las versiones edulcoradas que pueblan los relatos tradicionales. Citemos dos ejemplos míticos, ejemplos que por no estar comprometidos con la verdad no suelen ser falsos. Uno de ellos se encuentra en el origen del fantástico periplo de Dédalo, arquetipo del arquitecto, el artesano y el fabricante de aparatos mecánicos y visuales: en definitiva de lo que hoy llamaríamos el *diseñador integral*. Dédalo, constructor en Creta de la engañosa vaca que posibilitó al mismo tiempo la satisfacción de Pasífae y la gestación del Minotauro, constructor entonces del Laberinto para albergar al engendro, y luego fabricante de las alas para eludir a su propio Laberinto. Pues bien, el ateniense Dédalo recalca en Creta no por propia voluntad sino desterrado por haber despeñado desde las

alturas de la Acrópolis a su discípulo y sobrino Talo. El caso es que el aguzado ingenio del discípulo Talo –que culmina con la invención de la sierra inspirándose en la mandíbula de la serpiente– desata los celos homicidas de su maestro.

El otro ejemplo, quizás más complejo, tiene tres protagonistas: Zeus, Prometeo y los hombres. Otra vez una relación de parentesco puesto que Prometeo viene a ser un primo de Zeus, pero Zeus se proclama Supremo y, en ese sentido maestro de Prometeo. Prometeo, creador o benefactor de los hombres según distintas versiones, mediante el ingenio y la astucia favorece a los hombres en desmedro de Zeus. Entonces Zeus se enoja y niega el fuego a los hombres, pero el discípulo insiste y entrega a los hombres semillas robadas de la *Rueda del Sol*. El discolo Prometeo fue encadenado a las rocas del Cáucaso, y para que las cosas no le fueran tan cómodas también sufría los embates de un águila que le comía el hígado, pero otras circunstancias le permitirán zafar de la situación. Es interesante entender, a su vez, a los hombres como discípulos de Prometeo y como ingeniosos y feroces manipuladores del fuego.

Como puede advertirse la relación es compleja, difícil y no exenta de pasiones amorosas y rencorosas. Sin embargo, algo parece quedar en claro: lo propio de los discípulos –y de las disciplinas que ellos encarnan– es la movilidad, la búsqueda de lo diferente, es decir la insolencia. No suelen, no deben o no pueden seguir a pie juntillas los caminos prescriptos, deben redefinir las cartografías, intentar lo ignoto o lo negado. Solo así los discípulos –y las disciplinas– habrán cumplido su destino, entendido su sentido; después, sólo después, podrán respetar y recordar los antiguos mapas, las enseñanzas válidas y los enviones recibidos.

Para concluir, apelaremos a una analogía o metáfora, intentando acercarnos a la explicación de la imparable, incesante y necesaria dislocación de las disciplinas, a la explicación de por qué es imposible e indeseable colocarlas de una buena vez en su lugar, es decir intentando entender la rebelión de las disciplinas.

Esta metáfora proviene de sucesos familiares, domésticos, de recuerdos de infancia que, sin embargo, parecen capaces de mostrar o sugerir perfiles relevantes y profundos de la cuestión de las disciplinas y de la interdisciplina.

Se trata del patio mojado. El caso es que ha dejado de llover, el cielo se ha despejado de nubes, el agua se ha volcado en las rejillas y se ha evaporado la capa superficial que cubría el embaldosado; pero siempre existen ligeras depresiones donde se acumulan charcos de agua. Junto a esta situación, la premura infantil por *salir a jugar* al patio y la mesura de los mayores que previenen que así se *ensuciará todo*. La solución será entonces *secar el patio*: con secadores de goma o simples escobas se arrastrará el agua hasta las rejillas, y también se la esparcirá para que luego, en breve tiempo, todo quede seco.

En esta metáfora la Teoría de las Disciplinas no es asimilada a una mirada calificada sino a unos escobazos ansiosos. Se parte sí, de delimitar algo como obstáculo, en este caso los charcos de agua –simbólicamente la duda, la incertidumbre– que dificulta hacer algo. La duda, la humedad, concentrada en unos reducidos sectores, para su resolución debe ser extendida. El patio, que parecía casi seco, parece casi todo mojado. El patio, que en vastas áreas lucía la pulcritud de la certeza pasa ahora a estar casi íntegramente atravesado por el cuestionamiento, por la fluidez del líquido. Vale dejarnos llevar por la sugerencia de la idea de atravesamiento: sea para alcanzar las rejillas, sea para provocar la dispersión. El arrastre del agua no sigue la retícula del embaldosado, disloca los compartimentos, el preestablecido ordenamiento de los saberes. De pronto el patio se lee de otra manera, se ordena según la ley impuesta por la amplitud de la duda, por la estrategia adoptada para superarla. La lógica de la interdisciplina no sigue la conservadora cautela de preservar los espacios de certeza, sino que se orienta por la osadía de los impulsos destinados a alcanzar otro saber, a secar el patio para satisfacer el improrrogable apetito de jugar.

Es cierto que esta situación se puede resolver de otras maneras: por la pasividad de la resignación o, más drásticamente, si el constructor le confiere al piso del patio fuertes pendientes hacia las rejillas del desagüe. En este caso el precio es demasiado alto, en este patio muchos

juegos se dificultan o se deterioran, pero hay un juego esencial que se imposibilita: ya no se puede *jugar a secar el patio*.

La certeza y la sequedad —o la sequedad de la certeza— quedarían a salvo, garantizada la estabilidad de la retícula conformadora y confirmadora, rápidamente superada la contingencia de la duda y de la lluvia, que se deslizan inmediatamente al oscuro alivio del desagüe, y hasta quedaría asegurado que no *se ensuciará todo*. Ciertamente ese patio es posible... pero no vale la pena, porque lo única certeza que podemos tener es que volverá a llover.

Pero no, no es así: también tenemos la legítima certeza de que empecinada, esperanzada y gozosamente volveremos a secar el patio.

Roberto Doberti, Presidente de SEMA.

Arquitecto, Profesor Titular Consulto de la Universidad de Buenos Aires.

Director del Laboratorio de Morfología y de la Carrera de Especialización en Lógica y Técnica de la Forma (FADU-UBA)